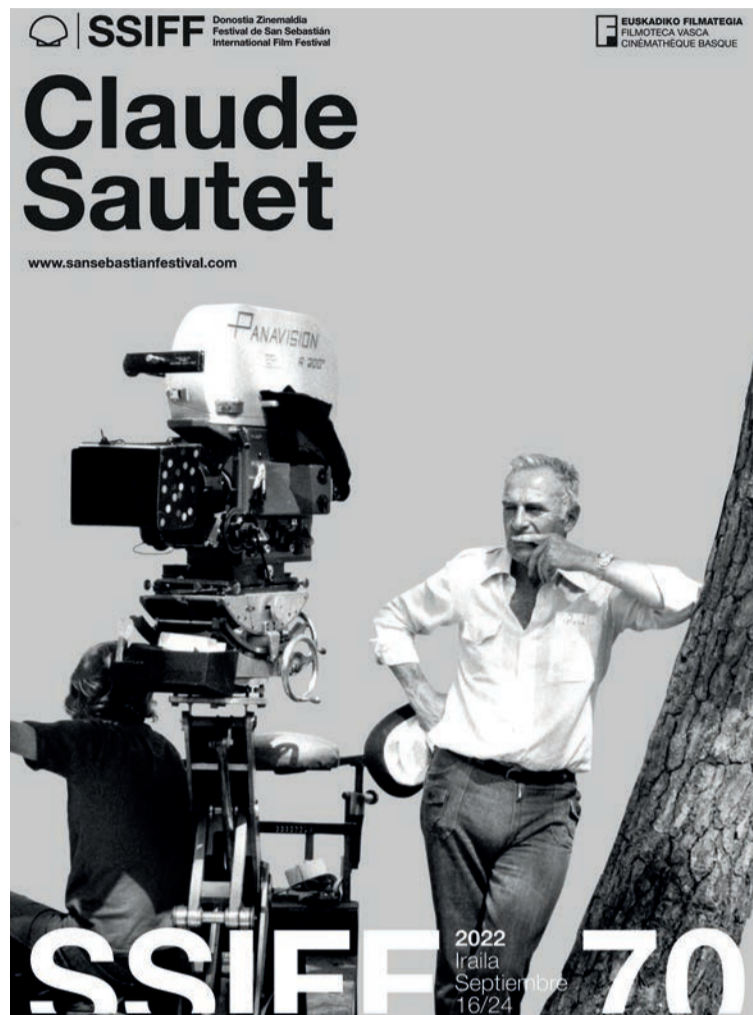


Claude Sautet: temas y rostros

QUIM CASAS

Pequeño caballo de batalla –uno más– entre las dos grandes revistas cinematográficas francesas, "Cahiers du cinéma y Positif", Claude Sautet fue vapuleado por los críticos de la primera y ensalzado por los de la segunda hasta finales de los años noventa. Después de la muerte del realizador, acontecida en julio del 2000, no fueron pocos los *cahieristas* que empezaron a cuestionar lo escrito en las páginas de su revista sobre el director de *Las cosas de la vida*. Y si bien es cierto que la obra de Sautet no es tan radical ni arriesgada como la de Godard, Rivette, Rohmer o Truffaut –con este mantuvo una excelente relación–, tampoco se trata de un cineasta aburguesado en las formas por mucho que sus temas principales giraran en torno a la clase burguesa.

Con los años, la filmografía del autor a quien este año el SSIFF dedica su retrospectiva –trece largometrajes, a los que debe sumarse el film policíaco *A todo riesgo*, que desgraciadamente no podrá proyectarse en el Festival por problemas legales– ha tomado un impulso distinto entre quienes le criticaron en Francia. Aquí fue aceptado y bien considerado en líneas generales, aunque la mayoría de sus filmes de los años ochenta –*Un mauvais fils*, *Garçon!*, *Quelques jours avec moi*– quedaron inéditos, lo mismo que le ocurrió a otro director francés bien distinto a él, Alain Resnais.



Quizás una de las cosas que mejor definen a Sautet es que fuera, precisamente, un director indefinible pese a tener un estilo cada vez más reconocible con el paso de los años y de las películas. Ese estilo se fraguó tanto en el tipo de historias, siem-

pre con mujeres y hombres de clase media alta enfrentados a los problemas y dilemas del amor, en formato pareja o triángulo sentimental, como en una puesta en escena metódica e "invisible" y una estupenda dirección de actores.



Sautet y Daniel Auteuil en el rodaje de *Quelques jours avec moi*.

Fue fundamental, en este sentido, la buena relación que mantuvo con Michel Piccoli, Yves Montand, Lino Ventura, Daniel Auteuil, Emmanuelle Béart y, sobre todo, Romy Schneider. Con todos y todas hizo al menos dos películas. Con Romy, cinco. La actriz comenzó como emperatriz Sissi y acabó protagonizando filmes tan viscerales como *Lo importante es amar*, de Zulawski, trabajando entre medio con Visconti o Losey. Pero Sautet fue quien mejor supo entenderla –y entender su fragilidad, tensión y calidez– y extraer todos los matices posibles en el trabajo de dirección de actores.

Formando pareja con Piccoli en *Max y los chatarreros* y *Las cosas de la vida*, con Montand en *Ella, yo y el otro*, o siendo el eje sobre el que pivota toda una película en *Una vida de mujer*, Romy Schneider transportó a la pantalla, desde la perspectiva

femenina, las inquietudes de un cineasta masculino sobre las relaciones de pareja, las inseguridades y afectos, los dilemas de la edad madura, las certezas y las desilusiones en el amor. Nadie como Romy para ilustrar los mejores personajes femeninos de Sautet –aunque también son muy definitorios los que incorporó Béart en *Un corazón en invierno* y *Nelly y el Sr. Arnaud*–, y nadie como Sautet para dirigir con calma y precisión a Romy.

En una ocasión, Sautet fue definido como el Yasujiro Ozu del cine francés. Puede parecer exagerado, dada la relevancia del director de *Cuentos de Tokio* en el contexto del cine japonés y el mundial, pero no andaba desencaminado quien lo dijo dado el tacto, el respeto y la franqueza con los que Sautet filmó a sus personajes, en apariencia firmes, pero muchas veces instalados en una profunda deriva emocional.

BONJOUR SOURIRE!

The Five Stooges (más Louis de Funès)

JORDI BATLLE CAMINAL

La hermosa princesita del reino (imaginario, *lubitschiano*) de Monte Marino esta triste, tristísima, y hay que hacer algo para devolverle la sonrisa (cambien princesa por príncipe y tendrán una premisa pintiparada a la de *Saya-zamurai*, de Hitoshi Matsumoto). Menos mal que existe París, que todo lo arregla. Y a la Ville Lumière se desplaza una delegación *montemarina* con la expeditiva misión de secuestrar a un puñado de artistas del *music hall* para que actúen ante la melancólica heredera del trono y la hagan reír. Cinco serán las víctimas del rapto colectivo. Cuatro son estrellas populares: el gran *chansonnier* Henri Salvador, el actor Jimmy Gaillard, la dicharachera cantante y bailarina Annie Cordy y el cómico Christian Duvaleix, a quien vemos en el escenario hacer él solito, con un piano, lo que Chaplin y Keaton hacían juntos en *Candilejas*; el quinto (Jean Carmet) está allí accidentalmente por una confusión.

Ya en Monte Marino, los enredos se encadenan y precipitan a la ve-

locidad del rayo y bajo la consigna del disparate: *Bonjour sourire!* (1956) es toda ella excentricidad, histeria, crispación, griterío y gesticulación paroxística. Los cinco secuestrados hacen el payaso de manera harto exagerada (que no deja de tener a ratos su gracia: Henri Salvador dialogando con el hombre invisible está divertidísimo), pero no están solos, tienen un duro rival en el reparto: Louis de Funès, todavía no encumbrado pero ya un manojito de tics y muecas, con una capacidad extraordinaria para robar el protagonismo a quien en teoría le corresponde, verbigracia la escena de la boda, hacia el final, y su progresiva exhibición de nervios incontrolables ante el tartamudeo del maestro de la ceremonia: los dos comparten el mismo plano, pero es el que no habla (De Funès) quien acaba imponiendo la hilaridad.

Urge señalar que tanto De Funès como Carmet y Duvaleix formaron parte del grupo teatral Les Branquignols, creado por Robert Dhéry y su esposa Colette Brosset, y que precisamente el tentacular Robert Dhéry (actor, guionista, director: ¿recuer-



COLLECTION RENÉ CHATEAU

dan aquella joyita de cine de barrio titulada *Busquen al 202?*) figura en los títulos de crédito como supervisor artístico: todo encaja, todo remite al *burlesque* más acendradamente francés. En un papel menor,

también corre por ahí, casi debutante, otro distinguido actor galo, Darry Cowl, que interpreta al médico. Y en la adaptación del guion de Pierre Tarcali figura Yves Robert, otro nombre esencial de nuestro país vecino como

actor, guionista, productor y director (del mismo De Funès en *Visto y no visto*, de Pierre Richard en *El gran rubio con un zapato negro* y secuela, y de la popularísima *La guerra de los botones*). Muy francés todo, sí, pero con sus correspondientes parentescos al otro lado del charco: analizando el ADN de la película hallaremos trazas, por lo menos en un cincuenta por ciento del metraje, de las bufonadas y el humor troglodita y dislocado de The Three Stooges (sin ir más lejos, la sesión de *slapstick* que nos dispensa este quinteto de la muerte en las escenas en que van vestidos con ridículos pijamas a rayas es digna de los inefables Moe, Larry y Curly). Otros: el frenético tramo final con lanzamiento de tartas de nata y persecuciones aceleradas ostenta un inequívoco sabor *sen-nettiano*.

Ahora supongamos que este delirio *from another planet* lo rodó Claude Sautet. No: imposible. Sí: posible si prestamos atención a los créditos, que llevan su firma como director. Sautet, el Sautet de verdad, está claro que no empieza aquí.